

tos inanimados mostraban bocas enormes para reír; reíanse todos; carcajada universal que atronaba el espacio.

El frescor que oreaba su frente disipó las sombras fantasmagóricas, y á éstas sucedieron lucecitas de colores girando y girando en continuo movimiento; extinguióse el eco burlon, y alazáronse otros cercanos y reales, de pasos y sollozos. ¿Lloraba el ángel bueno de las plumas irisadas? Quiso tocar su mano, para ampararse de ella en el caos en que se hallaba, y lanzó angustioso grito al sentir que la mordían cruelmente en el brazo, mordisco atroz, por donde brotó un chorro de sangre. ¡Qué dolor! Ángel no era aquel, porque los ángeles no hacen padecer; era la Mentira, con su fea catadura de vieja hipócrita, la Mentira, su madrina y obligada compañera de camino, que se rebelaba contra ella y en la carne le hincaba las garras.

Agitóse profundamente y otra vez se despeñó en el delirio. Las coloreadas lucecitas juntáronse y formaron una hermosa figura, la de Fortunato, el Fortunato de los primeros días, dulce, rendido, hipnotizador supremo de voluntades, que la seguía á ella amoroso; luego, ella le seguía á él, cambiado en otro Fortunato distinto, y él corría y ella también, y cuanto más corría él y le perseguía ella, más cambiaba y se desfiguraba y afeaba el Fortunato prófugo y más distinto aparecía del Fortunato enamorado. . . . . Y le veía saltar sobre la tapia, y á caballo sobre ella desanudar las cuatro puntas del lio, para sacar el misterioso contenido, que no era ni ropa, ni alhajas, ni dinero. Lo que se había llevado Fortunato era la honra de misia Jeromita.



## X

El médico inglés (cuyo nombre no ha pasado á la historia) diagnosticó la enfermedad con un sustantivo cualquiera, al que puso de cola ó sufijo el *itis* correspondiente, pero es lo cierto que misia Jeromita se moría de vergüenza (devolviendo á esta frase, que el abuso ha hecho vana, su verdadera expresión), de chafado orgullo y de amor burlado, contra los cuales ni la farmacopea ni la ciencia pueden ejercer acción defensiva ó curativa. Cuatro días y sus cuatro noches llevaba la señora en pugna con reales é imaginarios enemigos, consumida por la fiebre, y al revés de D. Quijote, que al aproximarse la muerte recobró la razón, ella la perdió del todo, sin duda por causa del amor mismo, llamando en su delirio á Fortunato, abrasándose más que con la calentura. Le llamaba para regañarle dulcemente, ofreciéndole perdón y olvido, cuanto él deseara y exigiera, siempre que volviese al Caballito; decía á todos, sin reconocer á ninguno:—¿Ha venido Fortunato? ¿Está Fortunato? ¡Quiero ver á Fortunato!..... tan ansiosamente, ya con lágrimas ó desesperado esfuerzo, que D. Nepomuceno se emberrinchaba, á pesar suyo, y afligíase Pantaleona de tanto desatino.

Fuera de las horas que el empleo le exigía, las dedica-

ba todas Monreal á la asistencia de la prima y á la compañía de la joven, que, sin él, se viera sola con Aurora, pues ninguna de las vecinas se hizo presente, ni de palabra. El día que sacramentaron á misia Jeromita acompañó á los santos óleos únicamente el monaguillo, lo que amargara aún más el alma de Pantaleona, si no pusiera toda ella en la consoladora visita que recibía y en los preparativos de religioso agasajo en obsequio de Aquel que rechazaba el estado mental de misia Jeromita; de rodillas, é inclinada la frente, contempló los detalles todos de la lúgubre ceremonia, y cuando en la boca de la moribunda trazó la cruz de aceite, pronunciando el nombre de Jesús, y ella, poseída del dominio, opuso al nombre divino el del toscano, hundió la joven la cabeza entre las mantas del lecho y rezó, ahogada por el llanto.

Las fatigas de la asistencia y los temores de un desenlace en que nadie dudaba ya, abrumaban á Pantaleona. ¿Qué sería de ella cuando muriera misia Jeromita? Volvía-se tímidamente á Don Nepomuceno, el único arrimo posible y la sola protección con que contaba en el mundo, y aquellas ideas despertadas por la noticia de su viudez saltaban al punto, turbándola, desanimándola y haciéndola bajar los ojos, como avergonzada de un mal pensamiento: huía entonces, con el vaso de agua azucarada ó pócima en preparación, más confusa é inquieta respecto de su destino que en los dos meses últimos de rebeldía. Pero antes de que ella recogiera la mirada y diese la espalda, Don Nepomuceno había pescado, si no la causa del movimiento, la brusquedad de éste y la contrariedad del gesto, y quedaba sobando la perilla mucho rato.

Porque igual reconcomio inquietaba á Don Nepomuceno: sí, ¿qué sería de Pantaleona cuando misia Jeromita muriese? ¿De qué manera podrían conciliarse los impulsos del propio afecto, los escrúpulos indudables de la joven, los deberes sociales y el interés, que exigía la perpetuidad de la mentira? Parecía todo esto de tan difícil amasijo, que

el digno empleado no daba paz á la capilácea compañera. En sus paseos desde la cama de la prima á la puerta y por el triste jardín, mientras Aurora en la cocina y Pantaleona en la alcoba proveían á los menesteres del momento, añadiase á estas cavilaciones otra tan grave, formulada por una pregunta, que las manos subrayaban con golpecitos nerviosos: ¿existiría el testamento otorgado por misia Jeromita, cuando ambos acordaron el solemne compromiso en favor de la hija secreta? Y de tal pregunta se derivaban, naturalmente, estas otras: ¿habría obcecado á la prima su demencia hasta destruirlo, ó anularlo para dar á Fortunato lo que quitaba á Pantaleona? Si la razón de la enferma se aclarase, con ella se despejaba también la duda, y la falta, en caso de haberla, sería de seguro remediada; pero, lejos de ofrecer esperanzas de mejoría, la locura, ó llámese inconciencia febril de misia Jeromita, amenazaba terminar con la vida misma.

Cuando el médico le anunció, con reserva, que el fatal desenlace era ya cuestión de días, se quedó helado Monreal: la responsabilidad de sus errores juveniles, como enorme piedra, le cayó encima de golpe, haciéndole flaquear. Sí, ¿qué iba á ser de Pantaleona? Y si estaba desheredada, ¡qué porvenir el suyo! Pidió el llavero á la muchacha, y en las dos cómodas, en el armario, en un baúl y en cuanto mueble había en la casa rastreó el documento codiciado sin hallarle; varias veces renovó la pesquisa yendo del baúl al armario y de una cómoda á otra cómoda, y cada vuelta de llave estéril afirmaba en él la idea de la anulación y de la transferencia al pícaro italiano. Pantaleona le veía abrir y cerrar, muda de sorpresa, pero él poco se cuidaba de explicarle nada; al contrario, con más ardor, cuando tropezaban sus ojos, seguía husmeando por todas partes, y con voz muy baja, emocionadísimo, la preguntaba dónde tenía costumbre de guardar la prima sus valores. ¿Dónde? ¡cualquiera lo sabía! Debajo de un ladrillo, en el hueco de una tapia, en el resquicio de una viga de la te-

chumbre... en sitios escondidos, donde á nadie se le ocurriera llegar. Y Don Nepomuceno se desesperaba. Se marchó á su empleo, seguro de que no existía el documento, calculando las mil dificultades para reivindicar los derechos de Pantaleona y dejar tapado lo que la honra de la familia y el interés querían que continuara en secreto; el interés sobre todo, puesto ya á discurrir sutilmente cómo engañar al Estado para sacarle la transmisión de la pensión famosa, causa de tanto desacierto y malaventura.

Por la tarde volvió dispuesto á comenzar la pesquisa; darse él á partido, abandonar la acariciada ilusión de Leoncita feliz y con suficientes recursos para vivir desahogadamente! Encontró peor á misia Jeromita, y sin contestar á las preguntas de la muchacha desolada, se fué al jardín á inspeccionar piedras y ladrillos, arrastróse bajo el cobertizo, sabió á la azotea. . . . Seguramente, el testamento no existía. Mohino y preocupado tornó á la alcoba y se apoyó en el respaldo de la cama en que la señora agonizaba; y como del boliche de bronce colgara aún la falda negra de su uso diario, la cogió para entregarla á Pantaleona. La cogió y la sintió pesada; deslizó la mano en el bolsillo, vacío, y palpó el ruedo, abultado sospechosamente; entre la percalina y la lana crujieron los escondidos papeles, que descubrió temblando D. Nepomuceno, y pasó á examinar á la sala con libertad y calma necesarias. Era el primero la escritura de la casa, otro la falsa partida de matrimonio y el último el buscado documento, intacto, el mismo hecho bajo su dictado é inspección, con la resuelta firma de la madre á quien Amor no pudo vencer completamente.

Sucedía esto el 6 de Junio, entrada ya la noche y por lo mismo en tinieblas la sala, de modo que el mezuino resplandor de un farol de la acera fuera insuficiente para el interesante examen, si la memoria no supiera á la vista en el reconocimiento de cláusulas inolvidables. Guardó el papel en su cartera y volvió á la alcoba, más tranquilo, ensanchado el pecho, templadas las fibras del corazón y con

un picor en los lagrimales que, por impropio, se empeñó en calmar contrayendo los párpados; pero, no apartaba los ojos del cadavérico semblante de misia Jeromita sino para acariciar con ellos la dolorida figura de Pantaleona, arrodillada á la cabecera, y cuantos esfuerzos hacía porque se distrajera la imaginación y evitar el desbordamiento de su amargura fracasaron, cayendo gota á gota sus lágrimas, que él ocultaba con la mano. El peso de sus culpas abatió su cabeza. . . . Vió á la abandonada prima de Catamarca luchando entre su juventud y sus deberes de madre, y por salvar la honra acogiéndose al amparo de la mentira, abdicando todos sus derechos, dejando marchitar en silencio sus hechizos y sus ilusiones. Guerra de muchos años, tanto más terrible cuanto más sofocada, y que la madurez de la edad, al debilitar las energías, como el torrente que socava la entraña de la tierra y se abre paso, dejó triunfar al cabo. El, menos que nadie, podía arrojarle la piedra de la censura.

Sintió conmiseración profunda D. Nepomuceno y grande alivio llorando las faltas de la prima, que eran las suyas propias. Pensó (porque en estas ocasiones en un sólo revuelo del pensamiento se abarcan horizontes infinitos) pensó en que la muerte de la desventurada señora marcaba para él la hora de la expiación y sería ésta completa haciendo ante la hija confesión general, que, disculpando resoluciones ulteriores y ya ineludibles, quitaba todo pretexto á repugnancias naturales que adivinaba. Pensó también que en aquella hora suprema, lo que el labio maternal no acertaba á expresar y segaramente hubiera expresado de estar la razón libre de sombras, á él tocaba descubrir, porque el primer beso de la hija borrara milagrosamente el estigma del pecado.

Le oyó agitarse Pantaleona, y le miró con el triste interés con que seguía aquellos días sus extraños manejos: y no cuidándose Monreal de demostrar sus lágrimas, la hizo señas de que se levantara, la cogió por la cintura y blandamente la empujó hacia un lado: ella, creyendo que la arran-

caban del de misia Jeromita porque no asistiera á sus últimos momentos, se resistía, y desesperadamente quiso tornar á su puesto de vela, pero D. Nepomuceno la obligó á que se estuviera apartada, y sin soltarla las manos, que apretó febrilmente, la preguntó sofocado:

—Leona, hija, ¿qué vas á hacer?

A la sola luz de la lamparilla de aceite, única que alumbraba la alcoba, la media cara del primo, en que parecía reflejarse todo cuanto la otra media escondía, asustó á la joven, espantándose de lo que sospechaba iba á decirsele....

—¿Qué vas á hacer, Leona?—repitió Monreal.—¿Sabes que Jeromita se muere? ¿Sabes que quedas sola en el mundo? ¿Qué vas á hacer?

Ella resumió todos sus dolores, sus dudas y vacilaciones en esta frase desconsolada:

—¡No sé!

Juntó entonces D. Nepomuceno su cabeza con la de Leona, y reteniéndola, pues ella se esquivaba, la ofreció el asilo de su casa y la custodia de su cariño, entrecortadas las palabras, tartamudeando de emoción: no quedaba sola, no viviría sola; á su lado por siempre, en su amante compañía eternamente. La muchacha le rechazó decidida, exclamando:

—¡Nunca!

Y D. Nepomuceno lloró. Pantaleona no olvidaría jamás el eco de aquellos sollozos en la misteriosa penumbra, aliándose al rumor del palabreo febril de la enferma, ni los sacudimientos de aquel cuerpo robusto encorvado por el dolor sobre la butaca; ni el rápido movimiento con que se incorporó y vino hacia ella, que retrocedía, acercándola de nuevo la extraña faz, que le pareció toda negra. Y jamás olvidaría tampoco lo que escuchó luego, y cuanto en la breve confidencia, mientras sus manos, prisioneras en las de él, se enfriaban y sudaban de congoja, sintió y sufrió, sorprendida, espantada, absorta; poco á poco, como la luna que el nubarrón descubre, la misteriosa faz se iluminaba,

resplandecía, y su mirar era otro mirar y otra sonrisa su sonrisa, cambiando de tal modo, no sabía si real ó imaginariamente, que la carátula del primo Nepomuceno cayó ante su vista y desenmascarada apareció distinta persona.

Aflojósele la voluntad, y Don Nepomuceno hubo de cogerla en sus brazos. Pantaleona ya no se resistía, y sólo por instinto apartó de sí la boca pedigüña que mendigaba una caricia. Quiso ordenar ideas, rebuscar pasadas sensaciones y recuerdos, que dieran algún fundamento á la revelación extraordinaria, y no podía, idiotizada. Turbadísima, huyó de él y en el descompuesto semblante de la madre buscó la confirmación de la verdad. Apasionadamente la besó..... Pero misia Jeromita deliraba y no la conocía. Y antes de mediar la noche lúgubre, el nombre de Fortunato se escapó con el último suspiro de su boca, sintiendo Pantaleona, abrazada á ella, y Don Nepomuceno, que la Muerte pasaba....

El estado de estupefacción en que cayera luego Pantaleona, permitió que, sin gritos ni esfuerzos, la arrancasen de la cámara mortuoria y la decidieran á recogerse en su alcoba; de nada se dió cuenta, ni del transcurso de las horas: alboró el día, salió el sol, vino la noche y tras de ella el nuevo día, y la luz y la sombra la encontraban echada en el sofá, con la misma fijeza reflexiva en los ojos secos, que relampagueaban singularmente cada vez que Monreal se acercaba en humilde ademán. Volvíase desgastada, mordiéndose los labios, y cuando él, agobiado, se marchaba, gemía por aquella idea reñerosa que en la balumba de su cerebro sobreponíase á todas las otras. Figurábasele que odiaba á Monreal, desde que lo sabía todo. Y ella se horrorizaba de este sentimiento instintivo contra el que hasta entonces creyó su primo; mas no se paraba á analizarlo ni á combatirlo, y recibía á Monreal y le despedía en la misma actitud silenciosa que la visita de la luz y de la noche. Varias veces intentó forzar la consigna que la separaba de la muerte, pero ni su voluntad ni sus fuerzas la ayudaron.

Así no se enteró del día y la hora que enterraron á misia Jeromita, ni dónde la enterraron, ni quiénes fueron. Se lo dijo Don Nepomuceno, y este anuncio de la eterna separación tuvo la virtud de abrir la fuente de sus lágrimas, arrastrando la corriente de su dolor cuantas impurezas la obstrucción había amontonado, el feo sentimiento rencoroso. El la preguntó de nuevo qué pensaba hacer, y ella, resignada y abatidísima, contestó que lo que él quisiera; sólo opuso recelos de que el público juzgara mal su conducta, es decir, si al público se le seguía engañando respecto de su verdadera situación.

—Al público nada le importa,—replicó sombríamente Don Nepomuceno—Mi edad es la mejor garantía y suficiente para trabarle la lengua. Y si no, á ambos nos basta con la propia conciencia. Además, debemos callar, no sólo por nuestra pobre Jerónima, sino por los proyectos que guardo. Leona, hija mía, en esta semana nos mudaremos.

Pantaleona calló. Y como el horrible vacío de la casa les entristecía, dióse prisa Don Nepomuceno á buscar otras en barrio igualmente lejano del Caballito y del Salvador, en cuyas cercanías habitaba misia Mercedes, lo que le llevó á parar al de la Concepción, en pleno Sud soñoliento, donde alquiló una en la calle de Chile, muy mona, baja, con dos patios y muchas comodidades. Los muebles del Caballito y los de la calle de Montevideo bastaron para alhajarla de manera casi lujosa; y en una mañana de niebla, que lez de fendia de la curiosidad de aquellas Marías, los tres diablitos soplonos de la vecindad, colocados los papeles de alquiler en las ventanas, encerrados en una cesta los mininos, *Patitas blancas* y *Barcino*, sujeta *Diamela* por el cuello y despedida Aurora, cuyos servicios no convenían ya, se trasladaron á la nueva casa.

Hay que decir que todo esto lo ejecutó Pantaleona maquinalmente; obedeció y seguía á Monreal sin discusión, y mientras se ocupó en las tareas de la mudanza, los graves acontecimientos que en pocos días revolucionaron y trans-

formaron su vida, no fueron objeto del examen que merecían é imposibilitaba su estado de ánimo.

Pero cuando quedó cada objeto en su sitio, puesto el último clavo y la serenidad de la nueva existencia establecida, el alma se despertó de aquel letargo; con los recuerdos de la triste noche en que murió misia Jeromita, acudieron otros más lejanos, de la época de su niñez, escenas inocentes, frases que enseñaban ahora la intención, todo en tropel para testificar de la verdad jamás sospechada, tan bien oculta que nada pudo denunciarla, á prueba de arranques, estímulos ú olvidos que la vendieran. ¡Dolorosa comedia! Comprendiendo muchas cosas que antes parecían dudosas ó inexplicables, pudo apreciar aquel primer movimiento suyo de rencor contra el padre, que la había negado su verdadera condición y causado, sin duda, la desgracia de la que en realidad no usurpó el título que por sus cuidados maternos le confirió la gratitud. Sus pasadas rebeldías la confundían y avergonzaban.... Y víctima de la mentira, consumíase en el más penoso afán, cual es el de juzgar al padre y á la madre.

Con D. Nepomuceno andaba desconfiada y huraña: le quería como antes, acaso más que antes, pero le respetaba más y le temía como nunca le había temido. Mirábale á hurtadillas, le hablaba poco, y más á gusto parecía lejos de él que á su lado; las familiaridades anteriores, las donairosas salidas eran hoy comprimida reserva y miedoso silencio, que su traje de luto, su palidez y su tristeza acentuaban y hacían más patentes á cualquiera menos observador que D. Nepomuceno, quien, comprendiéndolo, se callaba, aceptando el cambio como el más duro y merecido castigo.

Así, nunca, ni por incidencia, casualmente ó de propósito, se mentaron en sus escasas conversaciones los sucesos pasados, ni se explicó lo que faltaba aclarar y disculpar, sellando la boca á Pantaleona la discreción y el respeto, y á Monreal su propia conciencia.

Pero, en medio de esta tirantez inevitable, complaciase

el viejo de su nueva vida, del orden que en ella reinaba gracias á la hacendosa niña, y tomando buenamente lo que el destino le ofrecía, sentíase feliz, á pesar de todo, junto á la hija, cuyo recuerdo en la oficina y en su vista en la casa le embelesaban; y cuando entraban por el patio, de vuelta de la sujeción diaria, venía alegre como chiquillo á quien espera la golesina cariñosamente guardada.

Los grandes sacudimientos morales sólo en la comunión del alma con Dios se apaciguan; otro amor, otra confianza menos altos la reemplazarán en aquellas enfermas de tibieza ó de la despreocupación que ha impuesto la moda; fuera tibia la de Leona también (y á la verdad, ni ejemplos, ni enseñanzas labraron más que la costumbre de prácticas superficiales, cumplidas según el capricho), no contaba ella con nadie que la fortaleciera, aconsejara y consolara en la medida que sus penas y sus escrúpulos demandaban angustiosamente. En sus horas de soledad, cuando terminando el avío doméstico la ociosidad permitía el libre funcionamiento de la imaginación, el toque de la campana de la iglesia, cuyas torres con montera de azulejos distinguía desde la ventana, la recordaban que allí cerca moraba el único Amigo del desgraciado y del triste.

Pasó muchas horas en la Concepción, una de las tantas iglesias sin carácter de la capital, vulgar hacinamiento de ladrillos, cuya falta de arte, la pintura mercenaria, substituyendo el oro y los colorines al humilde enjalbegado, ha pretendido disculpar con el lujo... Allá iba envuelta en sus crespones; por la mañana, luego de dar el desayuno á D. Nepomuceno y sus órdenes á la criada gallega que les servía, y por la noche, algunas veces, con el permiso de Don Nepomuceno, quien solía acompañarla. No llevaba Pantaleona en estas visitas á la divinidad libro ni rosario, que le marcaran la oración vulgar, leída de corrido, ó dicha de memoria; sino que se complacía, desde el rincón más obscuro en mantener dulce diálogo mental acerca de un proyecto que la desesperación y el dolor engendraron y

se desarrollaba al influjo del ambiente místico, saturado de incienso.

Una mañana (al mes justo de la muerte de misia Jeromita, ó sea el 6 de Julio), como saliera ella de la iglesia recogido el velo, y á punto ya de atravesar para su casa, dió el gran encontronazo con aquella Sebastiana del Caballito, la que plantó seguidamente la cesta en el atrio, con tales aspavientos de regocijo y poderoso tufo de cebolla, que la muchacha retrocedió.

— ¡Ay, niña de mi alma! — exclamó la mujer.

— ¡Bastiana, pobre Bastiana! — murmuró Pantaleona.

— No me diga usted nada, niña, ya lo sé, ya lo sé....

Y apartándose un poco, restriega que restriega los ojos con el delantal, charló más de una hora: que esperase su ama la vuelta de la compra, ¡después de tanto tiempo que no veía á la niña de su alma! Ya lo creo que lo sabía todo: la fuga de *sua eccellenza*, el príncipe florentino; la muerte de la señora, la mudanza de casa; porque si ahora servía en el barrio á una médica criolla de muy mal genio, hasta fines de Junio estuvo en el Caballito, con una familia amiga de las de Cadenas.

— ¿Se acuerda usted, niña?

— Sí, sí; — dijo Pantaleona poniéndose amarilla.

Pues, las Cadenas, naturalmente, habían seguido las peripecias todas del famoso hospedaje de las de Pérez Orza con interés malévolo, sobre todo, la gorda misia Elvira, que, como del oficio, las cortaba unos sayos y capirotos muy reídos luego y admirados en la vecindad; Dolorcitas era la encargada de exhibirlos, yendo de casa de la *Escopeta* á la de *Blümen*, y de ésta al observatorio de las Marias con el consabido: «¡Pero no saben ustedes? Ahora resulta.....» Al principio, Jorgito andaba de murria y no tomaba parte en la noble campaña; hasta parece que tuvo con las mujeres disputas y gritos por esta causa. Pero, de buenas á primeras, se volvió tan furioso como ella, y haciendo el mismo uso de la pluma que ellas de las lenguas, dicen que en *El sí de*

las niñas disparó ripios y asonantes contra Pantaleona, lo que era tirar al aire, porque ningún cristiano lo entendía.

En estas y las otras, á misia Elvira se la quitaron las ganas de despellejar á trochemoche. ¡Castigo de Dios! según afirmaba Sebastiana sentenciosamente. Divercos rumores corrían del suceso: unos favorables, otros contrarios, más categóricos todos respecto al hecho capital; que le pescara con caña en la ventana, ó fueran las Marías las encubridoras y en su casa le conociera y se citaran, lo indudable es que por una carta que interceptó misia Elvira, llegó á averiguar las relaciones, si honestas poco ventajosas, entre Dolorcitas y un pobrete empleadillo del gas, quien, á falta de buen nombre, ni buena figura tenía. ¡Qué ignominia! Aún resonaba en el Caballito el eco de las críticas, murmuraciones, dichos y lengüetazos profundos, que tumbaron á las Cadenas de su tribuna de censoras impecables. Suceso que las puso á mal con sus aristocráticas amistades de la ciudad, y en el que hubo de intervenir, sin resultarlo, su pariente Sangil. Total: que se casaban prontito, á despecho de la familia entera.

Pero misia Elvira estaba inconsolable. Y fuera de sí Jorgito que, por no sancionar alianzas que le humillaban, acudió á su papá el Estado pidiéndole le diera fuera de la República otro empleo digno de sus recomendables servicios. Decían que el bondadoso papá se enterneció grandemente, é iba á nombrar á Jorgito secretario de legación en una corte europea, donde luciría sus exquisiteces decadentes y unas polainas color de te con leche, de lo más *fin de siglo* que el refinamiento parisién había creado.

Es imposible copiar la manera cómo refería Sebastiana todo esto, en el singular caló que la mezcla del gringo y del criollo ha producido para desesperación y agravie de puristas y filólogos; el expresivo manoteo que acompañaba cada palabra, hozando gustosamente en el lodazal de la chismografía, desagrado á Pantaleona, que apenas dijo:

—¿Has visto, Bastiana? ¿Has visto?

Distraída, miraba al cielo, dorado por el sol purísimo, pensando en cosas más altas, con impaciencia denunciadora del escaso interés que la prometían los milagros de las Cadenas. ¡Las Cadenas! ¡Cuán lejos de ellas estaban ya, y el Caballito, y su pasado! ¡Tan torpe era la fregona parlanchina, que no lo comprendía, ni reconocía en su velo negro la señal de su transformación extraordinaria! Bruscaamente, la italiana preguntola dónde vivía ahora; y con quien vivía, pues acerca de este punto quedaron todos en duda; y antes de contestar, se encendió la joven de vergüenza, como si fuera reo de algún delito.

—Aquí cerca, Bastiana, en la calle de Chile—balbuceó— puedes ir á verme cuando quieras. Estoy con ... el primo Nepomuceno.

—¡Hola, hola!—replicó la criada.

—Nepomuceno es aquí mi único pariente y un anciano respetable—añadió Pantaleona, rechazando con dignidad á la malicia.—¿Quién mejor para ampararme en mi orfandad? Adiós, Bastiana, y que tengas buena suerte.

La mujerona quiso abrazarla, y ella se resignó á que le rozara la mejilla su morro baboso y mal oliente. Separáronse en el mismo atrio, y cargada Sebastiana con su cesta y Pantaleona con sus pensamientos, se alejaron; Pantaleona, calle del Tacuarí arriba, muy despacio, sin que el frescor de la mañana, que era frío invernal por la acera que ella llevaba, templase el fuego encendido al choque de la mala intención de su antigua cocinera, eco inconsciente de la opinión pública, y que la quemaba aún bajo el velo. ... Parece que el espíritu colonial, victoriosamente desalojado del Norte, hubiérase refugiado en la parte Sud de la gran ciudad, entorpeciendo iniciativas é imponiendo el silencio, de modo que no sea turbado el sueño de este mal enemigo del progreso; cuantos pasaban andaban de puntillas, ó el rumor de sus pisadas en la calle desierta lo fingía, estremeciéndola toda el más insólito de algún carromato como e

a idea tranquila, en que cualquier ruido sorprende, y así es la tesis del Norte bullicioso, donde hierve la agitada vida moderna.

Iba, pues, Pantaleona muy despacio, cuando el estrépito de un tranvía la distrajo y un fulgor repentino, de piedra que chispeaba al sol, la dió en los ojos, cegándola; el tranvía pasaba junto á ella, y el relampagueo de la piedra la deslumbró otra vez: ella conocía ese coral rosado con la orla de diamantinos, ese alfiler de corbata que la saludaba de lejos... Miró bien á la plataforma, al grupo de viajeros, y descubrió al ángel malo, á Fortunato Lucca, en toda la insolencia de su bellaquería impune. El espeso crespón impedía que la reconociera, y sin embargo, volvió la cara la muchacha, con angustioso temblor de todo el cuerpo y tan grande mareo, que se amparó de una reja próxima. Pasó el tranvía, desapareció la visión ingrata, y el alfiler de piedras continuaba chispeando en la obscuridad de los ojos cerrados, penoso recordatorio de sucesos no descifrados del todo é incomprensibles.

Cuando llegó Pantaleona á su puerta había resuelto irrevocablemente muchas cosas. Es á veces sorprendente cómo la voluntad, parada é indecisa largo tiempo, en un instante, aspada rueda que un golpe de aire hace girar, se mueve de pronto en determinado sentido bajo la influencia de un acontecimiento fortuito y sencillísimo; de los dos encuentros de aquella mañana, el último, sobre todo, perturbó á Pantaleona en modo tal, que en el escaso trayecto que hasta su casa faltaba, desde el sitio donde amparada quedó á la reja y desfallecida, recorrió fácilmente el de una determinación que un mes de vacilaciones le había costado. Decidió no decir nada del encuentro con Fortunato á Don Nepomuceno, pero sí hablarle de aquello otro conforme la ocasión propicia se presentase y en la forma que menos lastimara al pobre hombre.

Hallábase éste en el patio tomando el sol, y la recibió con un «Pero, hija, ¿en qué piensas? el comerte los santos

te hace olvidar la hora de alimento más necesario: son las diez y media... » que obligó á Pantaleona á excusarse y dar por único motivo de su tardanza el palique de Sebastiana en el atrio de la Concepción, sin añadir más detalles; se quitó el velo en el mismo comedor, fué á la cocina para activar el almuerzo, que debía estar listo á las once en punto, y volvió al comedor en que D. Nepomuceno la esperaba con evidentes ganas de charlar. Ella lo notó y, como de costumbre, trató de escurrirse hacia su alcoba.

—Leona, ven acá, muchacha, ¿por qué huyes?—dijo resentido Monreal.

Retrocedió lentamente Pantaleona, pero no le miró, y Monreal se acercó á ella, le cogió la barbita y le hizo levantar la cabeza para que le mirara frente á frente... ¡Ah! de veras, de veras prefería la Leona de antes, la risueña y franca del Caballito, á esta ensimismada y triste de ahora! ¿Qué tenía? ¿Qué pensaba? ¿Qué quería? Viera en él siempre al primo Nepomuceno, que ya el cambio de título había producido aquel otro tan doloroso. ¿Sabía que su actitud era una protesta, una queja contra él? ¿Quién autorizaba á sus pocos años para ser juez de hechos que no podía comprender? Dulcificaba el tono de suerte que más parecía lamentación su discurso que regaño; pero la joven, con los ojos bajos, semejaba una figura de piedra, por lo inmóvil.

—A ver—continuó D. Nepomuceno sentándose en el sofá, con ánimo de explayarse sobre un asunto que tanto le dolía—á ver, ¿qué chismes te ha contado Sebastiana? que si misia Elvira, que si Dolorcitas... Tonterías, tonterías. Y note ha dicho que tu ex Jorgito se marcha á Europa de Secretario de Legación? ¿A que acerté? ¿Y eso es, acaso, lo que te entristece y desalienta? Lo que... aún le guardas... (rotundas negativas de la muchacha) ¿no? ¿Pues entonces?... Las penas que son resultado de sucesos irremediables, y á que todos estamos sujetos, tienen un límite: se entibian con el tiempo y de ellas no queda más que un triste recuerdo; y aun en su mayor fuerza no conturban el ánimo,



ni transforman el carácter de la manera que á tí la muerte de nuestra pobre Jerónima. ¡Ah, es que tú te encuentras, de pronto, cambiada en la hija de tu hermana y de tu primo, y en la nieta de tu padre! Horrendo y garrafal disparate, que sólo se le ocurre á un escritorzuelo de esos que inventan dramas de brocha gorda, y mal hilvanadas noveluchas. Pues no, hija mía, inocentona de mi alma; eso ocurre también en la vida, y si pudiéramos, como aquel diablo cojuelo que miraba por los tejados de las casas, ó fueran estos de vidrio, si pudiéramos curiosear en cada una, ¿qué no descubriríamos? El que parece marido, no lo es, y tampoco esposa quien pasa por mujer, y quién por hijo, y quién por madre, y quién por hermano, no son lo que pretenden ser; las apariencias engañando siempre, y la mentira reinando en todas partes. Por generoso se empeña el mezquino que se le tenga, y por honrado el vicioso, por hermosa la fea, por robusto el flojo, por discreto el tonto, por joven el viejo. Esclavos somos de la mentira, y créeme, hija, tal cual está la vida social organizada (y ha debido estarlo antiguamente, digan lo que quieran las historias, que no he leído), no hay más remedio que mentir siempre, si queremos vivir y merecer algún respeto. Por algo nos pintan desnuda á la verdad: la desnudez escandaliza. Yo mismo, que me considero un zángano en esta colmena inmensa, ¿no miento al fingir que trabajo, cuando lo que hago en la oficina, de doce á seis, es fumar y charlar? Y observa cómo del convencimiento de esta gran verdad nació mi oposición á tu matrimonio con Jorgito Cadenas, un pichón de zángano, y mi deseo de que á la sangre de los Pérez Orza se mezclara, para regenerarla, otra que viniera de más abajo, de donde brota el trabajo fructificado. Ahora bien....

Siguió, á este tenor, ensartando sofismas y agudezas, sin que Pantaleona se mostrara propicia á sus razones, ó al menos distinguiera alguna de ellas con señal de benévolo asentimiento; todo lo contrario: cuantas más vueltas daba

él al asunto, aumentaba la tiesura de la estatua y al cabo Don Nepomuceno temió acertar con el resorte que diera súbita salida al flujo amargo de aquella almita reconcentrada. Se retiró del palenque con visos de derrota, y ya la joven iba á hacer lo propio, satisfecha del triunfo de su silencio, cuando una nueva salida de Monreal la desconcertó.

—¿A que no sabes en qué he empleado mi mañana,—dijo Monreal—mientras tú les contabas á los santos lo que á mí me ocultas? Ven acá, ven acá... Escúchame, que te interesa. Pues, con el doctor Barbado. El doctor Barbado es miembro de la Comisión de Peticiones del Congreso, y era el único que me faltaba por conquistar y el más difícil para asegurar la transferencia de la pensión de Jerónima á la hija soltera de Don Jesús Pérez Orza, la señorita Pantaleona, aquí presente. Es gran palanca este título de *guerrero de la Independencia*, y á pesar de las dificultades que ciertas circunstancias oponían, el doctor Barbado se riadió, y eso que el doctor Barbado es de los puritanos que tienen la manía de perseguir los abusos como agentes policíacos. Tengo, pues, á la Comisión en el bolsillo, que es lo mismo que tener al Congreso....

No acabó él de hablar, y ya la figura de piedra se había movido, como galvanizada, y venía á él en derechura, fulminando tremendas palabras.

—¡Jamás, Nepomuceno (no podía llamarle de otra manera) jamás me prestaré yo á eso! Lo rechazo, lo condeno. Es una estafa, un robo. Muerta de hambre me vea antes que consentir. O retiras esa indigna pretensión, ó salgo hoy mismo de esta casa. Trabajo honrado sobra para quien lo busca, y pan para quien lo pide. Aunque una Pérez Orza sea, no me asusta el trabajar. ¿Pretendes también á mí enredarme en la mentira, como á Jerónima? Te engañas, Nepomuceno; no podrás, no podrás. ¡Cuento con un recurso<sup>o</sup> supremo, que me defenderá de tí y del mundo! ¡Y tal veo éste y con tales colores me lo pintas, y tan grande amargu-

ra y asco me inspira todo, que sólo entre las cuatro paredes del convento me juzgaré sana y salva!

Espantose Monreal. Sólo con los brazos opuso resistencia á la descarga que reventó sobre su cabeza... Temblando, Pantaleona se calló. Y entretanto recobraba Monreal la serenidad, se excusaba con balbuceos....

—¡Leona, hija, dispensa, óyeme! ¿por qué dices eso? ¿Por qué.....

El era un hombre honrado, honradísimo. Ni en mientes le vino jamás atentar contra la hacienda del prójimo. Tampoco ejecutar acción alguna de estas que deshonoran de por vida. Desde pequeño vegetaba en una oficina, porque no servía para otra cosa, ó porque las circunstancias le fueran contrarias. Pero el no saber hacerse rico, ó descollar sobre los demás, ó subir á las cumbres políticas, no es ningún crimen que merezca castigo ni desprecio. Sus jefes le querían, sus compañeros le respetaban, y todos, y todos.... Bueno, ¿de qué se escandalizaba ella entonces? De que tratase de sacar una ventaja del Estado, valiéndose de estos ó de los otros medios, y que en él confiara sólo y el peso entero de su vida le cagara encima. Lo que todos hacen, lo que todos hacen, siempre que pueden. El Estado es rico, y granos de arena son para él tales beneficios, debiendo tener en cuenta, además, que lo que unos no quieren, por timoratos ó melindrosos, otros se lo toman. Y tanto agradece el Estado á los que le respetan, como á los que le roban. A veces, más á los que le roban, á quienes celebra, mima y encumbra. ¿Por qué, pues, renunciar á la pensión de trescientos pesos mensuales, que el Estado, con muchísimo gusto de su parte, estaba dispuesto á darla? ¿A qué meterse á revolver los orígenes de tal pensión, y si era ó no legítima? Cargara con la culpa el doctor Eneene, su egregio tío, y ellos con el provecho, que si ante el público pasaba por la hija única superviviente de un guerrero de la Independencia, menguada candidez sería no aceptar la espléndida generosidad oficial.

—Si no, hija mía, Leoncita injusta de mis pecados, ¿qué harás mañana que yo falte? ¿Te bastará, para vivir con el alquiler de la finca del Caballito? Pensión por servicios míos no te alcanzará, pues todos ignoran la verdad de nuestro parentesco, y no has de salir revelándola á última hora, con desdoro de todos nosotros; te he oído decir que no quieres casarte, por más que el enlace con un industrial de estos que tienen el porvenir en el puño, fuera seguramente provechoso.... Entonces, Leoncita iracunda y desagradecida? ¿así me pagas? ¿así retribuyes mi cariño y mis desvelos, con palabras crueles y amenazas? (*Leontándose y rodeando la mesa para acercarse á ella*). Por supuesto que esas son bravatas, Leoncita perversa; ni tú me juzgas tan mal, ni tu oposición á la transferencia, ni la del convento van en serio.

—He dicho—repitió con firmeza Pantaleona.—que no sólo rechazo la pensión, porque no me corresponde y fuera indigno de mi parte el aceptarla, prestándome á una superchería, sino que decidida estoy á alejarme del mundo.... Poco puede preocuparme el porvenir!

—¡Ah, ah!—hizo D. Nepomuceno tartamudeando.—De monjita... de monjita, ¿eh?

—De monja, no, el rezo perpetuo, el encierro y la inacción, me matarían: de Hermana de la Caridad. Quiero servir de algo, probar que Pérez Orza y todo, puedo ser útil aún. Quiero ponerme á cubierto de la maledicencia. Además, los Pérez Orza tienen cuentas pendientes con Dios, y á mí me toca pagarlas.

—Y si yo... ¿y si yo me opusiera?

—¡Bah, el primo Nepomuceno carece de todo derecho legal á oponerse!

La mesa los separaba; y clavado en un extremo, no se atrevió Monreal á contestar: como las olas en la playa, se atropellaron las palabras en su boca, deshaciéndose en roncoco murmullo. Buscaba en el moreno y agraciado rostro de la muchacha el leve signo que anuncia la sonrisa y atenúa la expresión, y le vió contraído como nunca le había visto: aquella figura de piedra, que decía tan duras verdades, le infundió pavor. Imaginose que le arrojaban del paraíso y rodaba al vacío... Se aferró á la mesa, instintivamente, mientras soltaba estas quejas, moduladas con el sentimiento de un niño que llora;

—¡Tienes razón! el primo Nepomuceno carece de todo derecho legal sobre ti; para ti no soy yo, no puedo pretender jamás ser otra cosa que el primo Nepomuceno. Hasta

comprendo, para que mi castigo sea mayor, que me miras con prevención, no sé si con desconfianza ó con odio.... Pues bien, Leona, Leoncita de mi alma, no lo merezco, los errores no son crímenes y los defectos de educación no son delitos. Yo no te pido á ti más que indulgencia. Si tienes memoria, convendrás en que he hecho todo lo posible por alcanzarla. Bueno. Eres libre, completamente libre. Hoy, mañana, cuando quieras puedes abandonarme. No te ocupes en lo que será de mí solo y triste en el mundo: figúrate que vuelvo á caer en las manos mercenarias que no se negarán á cerrarme los ojos.... Repito que eres libre. Y además, te advierto que serás obedecida; esta tarde quedará retirada del Congreso la solicitud. Otra cosa.... Dispénsame si me explico tan mal.... Estoy nervioso, me ahogo.... Si crees que mi permanencia en la casa te perjudica, también esta tarde puedo marcharme, á un pobre viejo no le falta muladar que le recoja. Hermana, hermanita de la Caridad.... ¡ay ¡por qué no la tienes conmigo? Ya me parece verte con la toca de alas blancas; llámate sor Angélica, el nombre que mejor te cuadra. Bueno, Leona, Leoncita mía.... figúrate que sor Angélica se encuentra un día á un pobre viejo, enfermo y arrepentido, que le suplica: «¡Hermana, tú que vas curando heridas por el mundo, sana las mías; apiádate de mí, hermanita y, por lo menos, acampáname este poco trecho que me resta hasta la puerta del cementerio, que está allí cerca, y luego que me dejes acostadito en la tumba, continúa tu camino, sor Angélica; ya el pobre viejo no te molestará más, y dos almas, que la bondad de Dios habrá perdonado, te bendecirán allá arriba!

Las últimas palabras apenas se oyeron.

La figura de piedra, conmovida intensamente, dejaba correr las lágrimas. Y Don Juan Nepomuceno estampó sobre la frente de Pantaleona el primer beso paternal de su vida.

FIN.

PQ  
.G  
M5